



Año 18, Vol. 13, número 24, enero– junio 2023

Recibido: junio 2022

Aceptado: junio 2023

REVISTA
DOXA
DIGITAL

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs. 14–29

Sección: Ciencia Política

**EL POPULISMO LATINOAMERICANO DEL SIGLO XXI: ¿AMENAZA O COMPLEMENTO
PARA LA DEMOCRACIA? APORTES PARA UN ESTADO DE LA CUESTIÓN**

***XXI CENTURY LATIN AMERICA'S POPULISM: THREAT OR COMPLEMENT TO DEMOCRACY?
CONTRIBUTIONS FOR A STATE OF AFFAIRS***

Cuitlahuac Alfonso Galaviz Miranda *

RESUMEN

Existen diferentes interpretaciones sobre las relaciones entre democracia y populismo. Por un lado, se menciona que los regímenes populistas centralizan el poder en pocas personas y tienen efectos negativos; por otro, se señala que incluyen a los sectores populares (regularmente excluidos) en las decisiones públicas. Entonces, ¿los populismos destruyen o complementan las democracias? En este artículo analizo y comparo cinco investigaciones con diferentes respuestas (incluso opuestas) a dicha interrogante. Con la comparación de posturas, se obtiene una visión que contribuye a complejizar los análisis sobre la relación entre el populismo y las instituciones y mecanismos democráticos..

PALABRAS CLAVE: *Populismos, democracia, América Latina, siglo XXI, movimientos sociales*

ABSTRACT

There are different interpretations on the relationships between democracy and populism; on the one hand, it is mentioned that populist regimes centralize power in few people and has negative effects; on the other hand, it is pointed out that they include popular sectors (regularly excluded) in public decisions. Do populisms destroy or complement democracies? In this article I analyze and compare five research works with different answers (even opposed) to this question. By comparing positions, a vision that contributes to do more complex analyzes about the relationship between populism and democratic institutions and mechanisms is obtained.

KEYWORDS: *Populisms, democracy, Latin America, XXI century, social movements .*

* Profesor de Tiempo Completo en El Colegio de Morelos. Doctor en Estudios del Desarrollo. Problemas y perspectivas latinoamericanas por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luía Mora, maestro en Sociología Política por la misma Institución y licenciado en Historia por la Universidad de Sonora. Miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores, nivel Candidato. Contacto: cuitlahuacgalaviz@hotmail.com

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL*El populismo latinoamericano ...*

eISSN: 2594-2786

Introducción

El populismo es un fenómeno político especialmente complejo. Es transversal a las dos grandes corrientes que han dominado las discusiones políticas en la modernidad: por un lado, el paradigma liberal que mantiene que el Estado debe ser acotado y eficiente para permitir libertad a los mercados; por otro, la teoría socialista, la cual defiende que los Estados deben ser robustos y los principales actores de las políticas económicas y sociales. Han existido regímenes populistas que defienden el libre mercado y otros que optan por la centralización de la política y la economía.

Según Jennifer Collins,

hay clasificaciones de populismo por varias razones: la importancia de un liderazgo carismático; por los mecanismos para concentrar el poder en el ejecutivo; la utilización de discursos de oposición que enfrentan al “pueblo” virtuoso [...] contra un enemigo corrupto, generalmente las élites de los partidos tradicionales; las tendencias plebiscitarias y la aparente disposición [...] para burlar las limitaciones de la democracia liberal (Collins, 2014, p.60)¹.

Por la amplitud de enfoques, características e inclinaciones ideológicas en los que es utilizado el concepto de populismo, hay quienes dudan de su utilidad analítica (Chamosa, 2013; Partido, 2020). En ese sentido, Partido (2020) mantiene que es problemático denominar a actores sociales tan diferentes como Donald Trump, Carlos Menem o Andrés Manuel López Obrador bajo un mismo término: populistas. Desde su perspectiva, se debe “tejer más fino” en la construcción de modelos analíticos para la explicación de los procesos sociales y, por ello, cree que el concepto de populismo no es muy útil para los análisis políticos.

Entiendo tal crítica, sin embargo, también me preocupa que este tipo de posturas puedan caer en el peligroso ejercicio de colocar los enfoques teóricos por encima de la realidad; es decir, pretender que los procesos sociales reflejen la coherencia y la uniformidad que, ciertamente, deben poseer las herramientas analíticas construidas desde las ciencias sociales. La realidad social es compleja, cambiante y hasta contradictoria; el objetivo de los conceptos analíticos debe ser ordenar las investigaciones, no suponer que la realidad deba plegarse a la coherencia y uniformidad de los conceptos.

Que un actor político posea rasgos populistas, no significa que no tenga otras características (Panizza, 2008). Hacer una comparación entre, por ejemplo, Rafael Correa y Carlos Salinas de Gortari basada en el concepto de populismo, no debe suponer que coincidan en todas sus posturas. Las buenas comparaciones siempre parten del supuesto de la existencia tanto de similitudes como de diferencias. Desde mi perspectiva, lo que más identifica a los populismos como fenómeno político es que cuentan con apoyos sociales masivos o sólidos (algo no común en el actual contexto de desprestigio generalizado de la democracia liberal). Otro componente importante son los líderes populistas, quienes dirigen sus discursos hacia la reivindicación y la justicia para los sectores populares; dichos sectores proveen el principal soporte político de los proyectos populistas. Como veremos, hay un debate entre los especialistas del populismo sobre si los contenidos con los que son llenados los discursos de los líderes provienen de las bases de apoyo o son manipulados por los mismos líderes.

En América Latina, frecuentemente se identifican tres diferentes oleadas de populismos. En primer lugar,

¹ Traducción propia, al igual que el resto de las citas a obras en inglés

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL*El populismo latinoamericano ...*

eISSN: 2594-2786

los llamados populismos clásicos (surgidos en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado), los cuales fueron proyectos políticos caracterizados por un marcado nacionalismo, política económica redistributiva y el respaldo de amplios sectores sociales (sobre todo, populares); también se destacaron por ser regímenes de centralización política y economía planificada (Collins, 2014; Panizza, 2008; Campos y Umpierrez, 2019). Los ejemplos más representativos son el gobierno de Getúlio Vargas, en Brasil, y Juan Domingo Perón, en Argentina; hay debates al respecto, pero algunos especialistas añaden el gobierno de Lázaro Cárdenas, en México, dentro de los populismos clásicos.

La segunda oleada fue el neopopulismo de los años noventa, el cual “vio una alianza paradójica entre el populismo y el neoliberalismo” (Campos y Umpierrez, 2019, p.1). Algunos de los representantes de esta oleada fueron los gobiernos de Carlos Menem, en Argentina; Alberto Fujimori, en Perú, y Fernando Collor de Mello, en Brasil. La tercera oleada es el populismo del siglo XXI, vinculado a los gobiernos del llamado “giro a la izquierda” latinoamericano durante las dos últimas décadas; en este caso, se hace referencia a la Venezuela gobernada por Hugo Chávez, la Bolivia de Evo Morales y el Ecuador de Rafael Correa, entre otros ejemplos.

Con todo y sus indudables y marcadas diferencias, todos estos ejemplos comparten algunos rasgos característicos y que podemos denominar como populistas. Es cierto que la mayoría de los gobiernos del mundo buscan contar con apoyos sociales masivos; eso significaría más estabilidad y les brindaría mayor capacidad de agencia política. Sin embargo, no todos lo logran; tampoco es necesario que su búsqueda los caracterice especialmente, como sí sucede en los proyectos populistas. Por ello, a mi parecer, el concepto de populismo sí tiene valor analítico, pero evitando el automático carácter peyorativo con el que comúnmente se ha utilizado. Si dejamos de lado al populismo como herramienta de análisis, tendremos menos posibilidad de explicar la aparición periódica de proyectos políticos de una relación especial (de cercanía y respaldo) entre los líderes y los sectores populares.

Aunque sería muy interesante realizar un análisis histórico y comparativo de las tres oleadas de proyectos políticos populistas, tal objetivo rebasa los alcances del presente artículo. En esta contribución me centro únicamente en literatura sobre la tercera oleada —los populismos del siglo XXI— y sus efectos en relación con los mecanismos y las instituciones democráticas. Como se verá, no hay una respuesta clara al respecto. Por una parte, hay argumentos que mencionan que se centraliza el poder en una persona o en un grupo reducido, teniendo efectos negativos para las sociedades al limitar la distribución del poder político (De la Torre, 2017; Weyland, 2013). Por otra parte, también se señala que se pueden robustecer las instituciones democráticas al incluir sectores sociales regularmente excluidos (sobre todo los populares) en las decisiones políticas (Aslanidis, 2017; Collins, 2014). Entonces, ¿los populismos latinoamericanos del siglo XXI destruyen o mejoran las instituciones y los mecanismos democráticos? Esta contribución tiene por objetivo analizar y comparar cinco investigaciones con distintas respuestas a dicha interrogante.

Para ello, decidí agrupar los textos en tres bloques: en primer lugar, resumo y analizo los argumentos de dos autores que presentan una visión inclinada a evaluar de forma negativa al populismo; estos investigadores argumentan que los regímenes populistas deterioran o, en algunos casos, destruyen los mecanismos y las instituciones democráticas; tienden a la concentración del poder y a la manipulación de las “masas”. En segundo lugar, presento a un grupo de autores que mantienen que se ha menospreciado el potencial del populismo para renovar y perfeccionar las democracias. Desde esta interpretación, los populismos refrescan las instituciones políticas tradicionales mediante la inclusión de sectores regularmente excluidos. A esta postura la llamo la in-

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL*El populismo latinoamericano ...*

eISSN: 2594-2786

interpretación positiva. El tercer apartado se centra en una posición intermedia entre las dos anteriores. Aquí se hace especial hincapié en la complejidad inherente del populismo y se concluye que, bajo ciertos contextos, puede ser tanto perjudicial como benéfico para las democracias.

La elección de dichos textos permite mostrar argumentos diferentes (incluso opuestos) sobre el populismo latinoamericano en el siglo XXI. Su importancia para este artículo recae en que, con la comparación de posturas, se obtiene una visión que contribuye a complejizar los análisis sobre la relación entre el populismo y las instituciones y los mecanismos democráticos.

Interpretación negativa: deterioro democrático y concentración de poder

Los textos que analizo a continuación muestran descontento con el populismo por su alejamiento de mecanismos e instituciones liberales (básicamente, la división de poderes). Como lo menciona Rosanvallon (2020), la democracia liberal no es la única forma de vida democrática posible², pero, para estos autores, aún sigue siendo el mejor paradigma de organización social; y de ahí vienen sus críticas al populismo.

Carlos de la Torre (2017) es un especialista en el tema de populismo en América Latina y cuenta con varias publicaciones al respecto. La obra que analizaré forma parte del Oxford Handbook of Populism. Aquí, de la Torre señala que, desde su aparición en la década de los treinta, el populismo no ha dejado de tener importancia en las formas de hacer política en Latinoamérica. El autor acepta que el populismo es una “categoría disputada”, por ello da su propia definición:

Entiendo al populismo como un discurso maniqueo que divide la política y la sociedad como la lucha entre dos campos irreconciliables y antagónicos: el pueblo y la oligarquía o el bloque de poder. Bajo el populismo, un líder afirma encarnar la voluntad unitaria de las personas en su lucha por la liberación. El populismo produce fuertes identidades populares y es una estrategia de movilización de arriba hacia abajo que choca con las demandas autónomas de [los] movimientos sociales (De la Torre, 2017, pp.195 y 196).

Así, el autor muestra sus preocupaciones sobre el populismo en términos de centralización de poder. Según él, los líderes populistas representan un peligro para la democracia y sus instituciones debido a que, regularmente, se plantean tareas como los cambios de regímenes, lo que los lleva a creer que tienen licencia para irrespetar reglas de la democracia liberal. Según al autor, los populismos son un retroceso democrático debido a que desconocen el valor del pluralismo.

En su interpretación, el rol central de los regímenes populistas recae en el líder. Él es quien estratégicamente “afirma encarnar la voluntad unitaria de las personas en su lucha por la liberación”, creando un discurso atractivo para sectores específicos (los más golpeados por las políticas y las lógicas económicas dominantes) y, desde su postura, más propensos a ser atraídos por el discurso populista.

Siguiendo a de la Torre, los líderes populistas utilizan cuatro mecanismos principales para obtener apoyo político de sus seguidores: manipulación de organizaciones populares, clientelismo, cooptación o participación directa en los medios de comunicación masivos y la utilización de discursos polarizantes (De la Torre, 2017,

² Al respecto, véase el libro de Norberto Bobbio “*Liberalismo y democracia*” (2006 | 1985).

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

p.205). En su análisis, cada mecanismo se complementa con otro. Así, las organizaciones populares actúan de forma coordinada con dinámicas clientelares; lo mismo pasa en los medios de comunicación masiva y los discursos populistas.

Sobre las organizaciones populares y el clientelismo, el autor utiliza ejemplos provenientes del gobierno de Hugo Chávez en Venezuela. Durante esos años, se crearon diversas organizaciones populares en Venezuela; por ejemplo, el presidente Chávez apoyó la formación de los Círculos bolivarianos, “pequeños grupos de siete a quince personas [donde] se intentaba estudiar ideología bolivariana, discutir asuntos locales y defender la revolución” (Raby, 2006, p.188; citando en De la Torre, 2017, p.205). Pero, aunque de la Torre reconoce que los círculos se establecieron como “formas de participación política para la gente pobre”, también “trabajaron como redes clientelares para la transferencia de recursos hacia barrios donde el presidente tenía bases de apoyo” (De la Torre, 2017, p.205); de esta manera, desde la perspectiva del autor, los consejos perdieron autonomía y capacidad de introducir intereses propios en la agenda pública.

Acerca de los medios de comunicación masiva y los discursos populistas, el autor toma los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela y Rafael Correa en Ecuador como ejemplos. De la Torre señala que Chávez y Correa tendían a generar polarización en las sociedades de sus respectivos países. En sus discursos, aseguraban que las “personas comunes” eran la esencia de la nación; y sus adversarios políticos, los enemigos de la patria. Al mismo tiempo, tanto Chávez como Correa se aseguraron de que sus posturas fueran difundidas en los medios de comunicación masivos. Ambos “desarrollaron programas de televisión semanales donde informaban a los ciudadanos sobre sus proyectos gubernamentales, mostraban las nuevas agendas semanales y, simultáneamente, entretenían al público cantando y burlándose de sus enemigos políticos” (De la Torre, 2011, p.207). De esta manera, se aseguraban de que sus discursos polarizantes se difundieran masivamente.

Por otro lado, de la Torre también reconoce la importancia de las bases de apoyo populistas. En primer lugar, ya que los líderes se alejan de las élites y de los partidos tradicionales, su poder depende del apoyo que reciben (o no) de los sectores excluidos, a quienes van dirigidos sus discursos. Para el autor, “los pobres no son masas irracionales que votan por candidatos populistas y demagógicos. Los pobres votan instrumentalmente por los candidatos con la mejor capacidad de entregar bienes y servicios” (De la Torre, 2011, pp. 205 y 206). Además, “la glorificación populista de la gente común y sus ataques a las élites podrían abrir espacios para que la gente común presione por sus agendas” (De la Torre, 2017, p.197). De esta manera, el autor también reconoce que los populismos tienen la potencialidad de abrir espacios de oportunidad para mejorar los mecanismos y las instituciones democráticas, volviendo a los sectores marginados actores protagónicos y con mayor capacidad de incluir sus intereses en las políticas públicas. Pero, de nueva cuenta, en la interpretación de de la Torre, el papel protagónico de los regímenes populistas recae en los líderes, quienes “atacan las instituciones de la democracia liberal, concentran el poder, tienden al control de los movimientos sociales y de la sociedad civil” (De la Torre, 2017, p.195).

El autor plantea diferencias entre estos regímenes. En su postura, Chávez, Maduro y Correa siguieron una estrategia de movilización de “arriba a abajo”, con lo cual los movimientos sociales y la sociedad civil perdieron autonomía. Evo Morales, en cambio, “construyó su liderato con base en una red de organizaciones y movimientos autónomos” (De la Torre, 2011, p.211). Así, “en Venezuela y Ecuador las tendencias autoritarias prevalecieron. En Bolivia, el empuje de los movimientos sociales y la inclusión de poblaciones indígenas podría mitigar las tentaciones autoritarias de Morales [hay que considerar que el texto fue publicado en

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

2011]” (De la Torre, 2011, p.211).

Sobre la pregunta guía de este artículo, para de la Torre los populistas del siglo XXI tienen nociones de democracia distorsionadas: el papel de los líderes es muy protagónico, en lugar de centrarse en la sociedad civil (donde recae la fuente de poder legítima según las teorías democrático-liberales). Ello genera, siguiendo al autor, “regímenes híper personalistas” (De la Torre, 2017, p.210), con lo cual se crean dinámicas en contra sentido de la pluralidad que debe caracterizar a las democracias.

Kurt Weyland, por su parte, también tiene una interpretación negativa de los populismos latinoamericanos del siglo XXI. Para este autor, desde el fin de las dictaduras militares de los años setenta, la política latinoamericana había entrado en una “ola de transición” hacia la democracia (Weyland, 2013, p.18), pero con la llegada de los populismos del siglo XXI esta tendencia se revirtió. En sus propias palabras, “por primera vez en décadas, la democracia en América Latina enfrenta una amenaza sostenida y coordinada” (Weyland, 2013, p.19).

Weyland agrupa los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Manuel Zelaya en Honduras dentro de lo que llama “populismos de izquierda” o “populismos radicales”. También cree que Chávez fue quien lideró el grupo, dando al resto apoyo material y un ejemplo de actuación política.

El autor critica los cambios institucionales impulsados por Chávez al llegar al poder, y también señala que Morales, Correa y Zelaya siguieron rutas similares:

El éxito de Chávez [...] convirtió su estrategia de reforma constitucional en un guion al que siguieron otros líderes de izquierda de tendencia populista. El núcleo del método de Chávez es utilizar el apoyo masivo plebiscitario para transformar las instituciones establecidas, desmantelar los controles y equilibrios, concentrar el poder en las manos del presidente y promover la reelección inmediata. Al igual que su modelo venezolano y generoso patrón, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Manuel Zelaya en Honduras (hasta que fue detenido) convocaron a asambleas constituyentes con el objetivo de impulsar los poderes de la presidencia y allanar el camino hacia la reelección indefinida (Weyland, 2013, p.19).

Así, este autor ve un desfase entre los discursos y las prácticas populistas. Para él, los populistas del siglo XXI señalan que sus regímenes son de democracia participativa y directa; en ese sentido, mejores que las democracias liberales, sólo representativas. Sin embargo, ya que los líderes populistas también suelen mantener que son la encarnación de los “verdaderos” intereses del “pueblo”, son ellos quienes deciden los principales aspectos de la política pública en sus respectivos países, mientras —según Weyland— desmantelan los contrapesos institucionales. Es decir, “justifican sus movimientos antidemocráticos con afirmaciones progresistas” (Weyland, 2013, p.23).

Similar a las posturas de de la Torre, en esta interpretación los líderes son los actores principales de los gobiernos populistas. Las bases de apoyo, por su parte, siguen la línea marcada por los líderes gracias al discurso atractivo y polarizante que los caracteriza. Centrándose de nuevo en el ejemplo de Venezuela, Weyland señala que “la iniciativa política emanaba del líder, no de los ciudadanos. Chávez nunca cambió ningún plan significativo debido a la resistencia popular” (Weyland, 2013, p.23).

Weyland también hace comparaciones entre los neopopulismos de corte neoliberal (la segunda oleada) y

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

los recientes populismos de izquierda, llamados populismos del siglo XXI. Concluye que los populismos de izquierda han sido más dañinos que los de derecha en el camino de desarrollar y mantener a las democracias en sus respectivos países. Da cuatro elementos para sostener su afirmación:

En primer lugar, en los populismos de izquierda el respaldo masivo es más firme que en los de derecha; sobre este punto el autor hace una comparación que me pareció interesante: señala que los neopulismos de derecha ganaron apoyo ante situaciones de crisis económica³. Uno de los aspectos centrales de sus discursos fue la promesa de corregir la situación económica. En general, la mayoría de los neopulismos lograron una mayor estabilidad, pero, paradójicamente, su capacidad de restablecer la estabilidad económica desdibujó su justificación en el poder. En cambio, los populismos de izquierda hacen llamados a problemas estructurales de solución larga y compleja; por ejemplo, atacar la desigualdad y acabar con la pobreza. Según Weyland, los populismos del siglo XXI tienen más elementos para sostener proyectos políticos fuertes y de larga duración; justifican, así, su presencia en el poder (Weyland, 2013, p.27). En segundo lugar, con sus reformas de corte neoliberal, los neopulismos redujeron la actuación del Estado en la esfera pública. Con ello, “disminuyó el poder de los líderes [populistas] de derecha” (Weyland, 2013, p.27). En cambio, los populistas del siglo XXI optan por estados más robustos e intervencionistas; por lo cual, suelen tener “medios adicionales de influencia” (Weyland, 2013, p.27). En tercer lugar, con la apertura de mercados, los neopulismos están expuestos también a las “presiones democráticas internacionales”. El proteccionismo económico de los populismos del siglo XXI, por el contrario, “aísla a los presidentes izquierdistas de tales exhortaciones” (Weyland, 2013, p.27). Por último, los populismos de derecha actuaron de forma aislada y los de izquierda lo hicieron en conjunto. Para el autor, “esta cohesión desarma aún más las presiones internacionales para mantener la democracia” (Weyland, 2013, p.27).

También hay que mencionar otros argumentos del texto para capturar mejor la postura de Weyland. En primer lugar, el autor no se posiciona en contra de todos los proyectos de izquierda. Incluso, reconoce que “gran parte de la izquierda de América Latina ha llegado a tener fuertes credenciales democráticas” (Weyland, 2013, p.31). Son los populismos de izquierda lo que critica; en ese sentido, no cree que los populismos de derecha hayan sido menos dañinos para la democracia porque hayan tenido menor inclinación a la concentración de poder, sino por sus incapacidades para mantener apoyos masivos por largos periodos; lo opuesto a los populistas de izquierda, cuyos líderes presentaron sus proyectos “no como una interrupción limitada, sino como una alternativa permanente a la democracia pluralista y representativa” (Weyland, 2013, p.20). Con ello, lograron justificar su presencia prolongada en la política de sus respectivos países, lo cual —siguiendo al autor— terminó por afectar el principio democrático de la rotación en el poder.

Interpretación positiva: incorporación de nuevos actores y el empoderamiento popular

Las investigaciones que describiré a continuación siguen la línea planteada por Ernesto Laclau (2005) y Chantal Mouffe (2018), según la cual el populismo es eficiente para combatir los vicios de la exclusión y, en ese sentido, pueden ser transformadores en términos positivos (sobre todo en sistemas neoliberales que han

³ El ascenso de los neopulismos latinoamericanos sucedió a principios de la década de los noventa, en un contexto caracterizado por crisis económicas y ajustes estructurales de corte neoliberal.

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

aumentado las desigualdades). Es decir, se trata de estudiosos del populismo con puntos de vista diferentes y, en algunos sentidos, opuestos a autores de la interpretación negativa.

Entre éstos tenemos a Paris Aslanidis (2017); siguiendo a dicho autor, las investigaciones suelen catalogar al populismo como un fenómeno que sucede “exclusivamente de arriba a abajo” (Aslanidis, 2017, p.305); esto es, para él los estudios se han centrado en los líderes populistas y sus influencias sobre amplios sectores sociales, pero no suelen visualizar la influencia de “abajo a arriba” y las dinámicas populistas que van más allá de lo electoral; como él mismo lo menciona:

La palabra “populismo” evoca imágenes de políticos outsiders que atacan a élites corruptas y glorifican la soberanía de un “pueblo noble” en una lucha por ganar cargos presidenciales o escaños en cámaras legislativas. Sin embargo, la perspectiva de “arriba a abajo” que ubica el fenómeno directamente dentro de los sistemas de partidos institucionalizados es sólo una parte de la historia (Aslanidis, 2017, p.305).

Por ello, Aslanidis propone “explorar el aspecto igualmente interesante del populismo de “abajo a arriba”, forjado fuera de las instituciones políticas tradicionales [...] y respaldado por protestas y movimientos sociales” (Aslanidis, 2017, p.305).

Su propuesta se centra en analizar no a los líderes, sino a las bases de apoyo populistas. Para lograr este objetivo, explora una metodología propia que busca incorporar las teorías sobre movimientos sociales en los estudios del populismo. El autor se centra en el el framing o teoría del enmarcado. Esta es una propuesta que se basa en la obra de Erving Goffman (2006 |1974) y tiene un concepto central: los marcos de interpretación, los cuales hacen referencia a representaciones que utilizan los movimientos sociales para definir los problemas que enfrentan. Así, Aslanidis toma un modelo donde el centro del análisis son las bases de apoyo (las “movilizaciones populistas”) y sus formas de definir la realidad; a diferencia de de la Torre y Weyland, cuyos estudios se enfocan en los líderes populistas.

Algo similar en la postura de los tres autores es su hincapié en la especial relación de las bases de apoyo y de los líderes populistas. El foco es diferente: en los textos de de la Torre y Wayland el centro del análisis está en las acciones de los líderes populistas; Aslanidis, en cambio, elige una perspectiva que apunta a las bases de apoyo. Pero todos parecieran reconocer que el populismo es un fenómeno político caracterizado por una especial relación entre amplias bases de apoyo y líderes que dirigen hacia ellas sus mensajes políticos. El debate pasa por definir si los líderes manipulan las bases de apoyo o si, por el contrario, éstas son capaces de mantener la lucha por sus propios intereses.

Sin dejar de reconocer que las influencias pueden ser mutas, Aslanidis se inclina más hacia la segunda opción:

Enfatizar la naturaleza distinta del populismo de “arriba a abajo” y de “abajo a arriba” no excluye un área rica de interacción entre las dos partes. Si bien se puede decir que la relación es bidireccional, la idea explorada aquí es que el populismo del sistema de partidos a veces surge como un corolario de su encarnación de abajo a arriba, una correlación que los científicos políticos a menudo pasan por alto (Aslanidis. 2017, p.306).

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

Además, en relación con la pregunta que guía mi artículo, Aslanidis se propone una “evaluación del populismo frente a la democracia” (Aslanidis, 2017, p.307), la cual realiza principalmente en el apartado “Movimientos sociales populistas y democratización”. Aquí, el autor inicia señalando que “las movilizaciones populistas están regularmente implicadas con la erosión de las democracias liberales [...] Sin embargo, el populismo no conduce de manera determinista a resultados negativos para las políticas democráticas” (Aslanidis, 2017, p.318). Según Aslanidis, “las movilizaciones populistas, bajo ciertas circunstancias, pueden contribuir a una mayor democratización al empoderar a grupos sociales que antes no estaban representados, lo cual obliga a los gobiernos elegidos democráticamente a abordar los problemas sociales pasados por alto” (Aslanidis, 2017, p.319).

Para darle sustento a su argumento, el autor señala que los populismos del siglo XXI llegaron al poder después de amplias movilizaciones sociales. Los líderes populistas de izquierda supieron utilizar dicho contexto a su favor, pero —según Aslanidis— fueron las movilizaciones quienes pusieron en la agenda pública ciertos aspectos que fueron retomados posteriormente por políticos como Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales o Rafael Correa. Por ello, sostiene que “no podemos entender el “giro a la izquierda” de América Latina si no posamos nuestra mirada en las subjetividades populares que cobran vida en las calles de Caracas, Buenos Aires, La Paz y Quito” (Aslanidis, 2017, p.320).

De esta manera, el autor cree que los populismos tienen el potencial de mejorar los sistemas democráticos, y se posiciona en contra de las posturas que señalan que el populismo y la democracia son totalmente incompatibles. Sin embargo, “valorizar el populismo como inherentemente positivo [en términos democráticos] es igualmente erróneo” (Aslanidis, 2017, p.318). Desde la perspectiva del autor, cada caso es diferente: “la respuesta siempre dependerá del tipo de sociedad que uno tenga como criterio, pero reducir todos los populismos a vehículos en manos de políticos astutos y oportunistas no es un buen objetivo” (Aslanidis, 2017, p.318).

Hay que hacer hincapié en que, aunque Aslanidis cree que los populismos puede fortalecer a las democracias, también reconoce que se trata sólo de una posibilidad y que la opción contraria también se encuentra latente, pero no es un problema que vea sólo en este tema: “El populismo no es igual a democratización, de la misma manera que los movimientos sociales no necesariamente son iguales a más democracia [...] Pero sí tiene el potencial de empujar a los regímenes autoritarios al límite, abriendo el espacio público a alternativas más benignas” (Aslanidis, 2017, p.319). Siguiendo al autor, dado que los populismos ponen el acento en colocar a la gente común en el centro del poder político, “incluso los encuentros populistas episódicos en democracias establecidas pueden desempeñar un papel positivo” (Aslanidis, 2017, p.319).

La siguiente autora que comentaré, Jennifer Collins (2014), concuerda, en ciertos aspectos, con las posturas de Aslanidis. Por ejemplo, ambas visiones coinciden en estudiar el populismo con énfasis en las bases de apoyo; sin embargo, Collins centra sus observaciones sólo en los gobiernos de Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. El objetivo del texto de Collins es “contribuir a las discusiones teóricas tanto de la Nueva Izquierda como del populismo mediante el examen de los orígenes de estos regímenes populistas radicales y, en particular, el papel desempeñado por la sociedad civil organizada en su ascenso al poder” (Collins, 2014, p.61).

En este caso, se utiliza una metodología de análisis proveniente de la obra de Ernesto Laclau, “la cual enfatiza la creación de una identidad popular de oposición como la esencia del populismo” (Collins, 2014, p.61). Enlazándolo con sus objetos de estudio (los gobiernos de Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

Ecuador), el artículo de Collins “sostiene que, en Bolivia y Ecuador, esta labor crucial de construir nuevas identidades populares se llevó a cabo, en primer lugar, por los movimientos indígenas y sociales; los líderes carismáticos aprovecharon este proceso en lugar de ellos instigarlo” (Collins, 2014, p.61). Es decir, en el proceso de construcción de identidad populista (fundamental para Collins en el estudio del populismo) las bases de apoyo aportan discursos y significados que terminan siendo fundamentales para los proyectos populistas en general. Esto es, desde la perspectiva de la autora, se trata de un proceso de “abajo a arriba” impulsado por movilizaciones populares, no de “arriba a abajo”, encabezado por los líderes.

Collins señala que hay posturas que “dividen la Nueva Izquierda de América Latina en regímenes “buenos” y “malos”: los “buenos” (Brasil, Chile, Uruguay) asociados con políticas moderadas de socialdemocracia y los “malos” (Venezuela, Bolivia, Ecuador) caracterizados como populistas” (Collins, 2014, p.71). La autora critica esta postura, principalmente, porque no logra captar la complejidad que caracterizó (y en algunos casos aún caracteriza) a estos gobiernos. Por ejemplo, los casos que analiza la autora oscilan, a su parecer, entre políticas moderadas y reformas profundas (Collins, 2014, p.71). Pero también reconoce que sí existen diferencias que se deben considerar. De nueva cuenta, Venezuela vuelve a ser un punto de comparación:

La historia de la aparición de la Nueva Izquierda en Ecuador y Bolivia contrasta con la de Venezuela, ya que si bien la inestabilidad social y la insatisfacción pública con el status quo fueron factores clave que facilitaron la elección de Chávez, la inestabilidad no fue coordinada ni organizada. Como resultado, Chávez fue el que nombró la fuente de la ira popular y diseñó una solución: un nuevo proyecto político [...] Por el contrario, en Ecuador y Bolivia, el papel desempeñado por el líder en este proceso crítico de constituir “el pueblo” fue menos importante (Collins, 2014, p.72).

Por lo cual, desde la perspectiva de la autora, los casos de Bolivia y Ecuador pueden aportar elementos particulares a los estudios sobre populismo. En sus propias palabras, estas experiencias

demuestran cómo los movimientos sociales, no los líderes carismáticos, son los primeros en construir las identidades populares que sientan las bases de estos regímenes. Al reexaminar las teorías del populismo a la luz de estos casos, este artículo sugiere que el potencial transformador y contrahegemónico del populismo debe recibir una atención renovada (Collins, 2014, p.59).

Ahora veamos los resultados que obtiene de sus dos casos de estudio. Sobre Ecuador, la autora señala que en la década de los noventa hubo reformas neoliberales que generaron descontento en algunos sectores de la sociedad. Los movimientos indígenas fueron una de las caras más visibles de dicho malestar; pero no sólo eso: poco a poco, estos movimientos se volvieron protagonistas de la política nacional (Collins, 2014, p.73). De esta manera, la autora ubica un proceso de evolución de las protestas, el cual pasó de “demandas de reforma a una agenda dirigida a un cambio político profundo. Siguiendo el modelo de Laclau, estas demandas ya no se referían a la reparación de reclamos específicos, sino que manifestaban la línea divisoria y antagónica que había surgido entre la gente y los políticos” (Collins, 2014, p.73). Al igual que con de la Torre (2017), se vuelve a destacar el tema de la polarización; pero, en este caso, su origen no se atribuye a los discursos de los

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

líderes, sino al malestar de la población ante reformas de corte neoliberal.

No obstante, se trataba de una amplia gama de movimientos y organizaciones, cada uno con intereses y demandas particulares. Según Collins, fue el liderazgo de Rafael Correa lo que logró articular a los movimientos de protesta en torno a un proyecto político de alcance nacional, pero con base en demandas e imaginarios surgidos desde las movilizaciones populares.

En Bolivia la situación también inició con protestas y demandas aisladas que “se convirtieron en una agenda amplia para el cambio político” (Collins, 2014, p.76). en el modelo de la autora, el liderazgo de Evo Morales fue capaz de plasmar las demandas de las protestas en un nuevo proyecto nacional. No obstante, para ella,

el proceso de formación de nuevas identidades populares no es dirigido por el líder de la nada, sino que debe capturar algunas identidades y quejas no articuladas, pero latentes, o debe responder a una nueva identidad y agenda popular que ya han sido construidas por una sociedad civil organizada (Collins, 2014, p.85).

Así, a pesar de reconocer la importancia de los liderazgos, la visión de Collins sobre los populismos se enfoca en analizar

la incorporación de agendas de los movimientos en las plataformas de campaña de los candidatos. [En sus casos de estudio] ambos candidatos [Evo Morales y Rafael Correa] prometieron volver a fundar sus naciones, lo que implicó convocar asambleas participativas para reescribir las constituciones, hacer retroceder las políticas neoliberales y facilitar procesos democráticos más participativos, entre otras cosas (Collins, 2014, p.77).

Es por ello que la autora ve aspectos positivos en la llegada de Evo Morales y Rafael Correa al poder. Desde su perspectiva, estos gobiernos pueden ser entendidos como éxitos de protestas sociales, quienes los impulsaron políticamente y —desde la interpretación de Collins— lograron incluir sus intereses en las agendas de sus respectivos países. A diferencia de las posturas que aseguran que los populismos se caracterizan por “un líder [que] afirma encarnar la voluntad unitaria de las personas en su lucha por la liberación (De la Torre, 2017, p.195), Collins mantiene que “el populismo no es necesariamente un síntoma de una sociedad civil débil o desorganizada; de hecho, los movimientos sociales fuertes en Ecuador y Bolivia ayudaron a impulsar a los líderes populistas radicales al poder” (Collins, 2014, p.85).

Además, la autora ve otro aspecto positivo en las experiencias de Bolivia y Ecuador respecto a los mecanismos y las instituciones democráticas: “en ambos países, la (re) construcción de lo “popular” por parte de los movimientos sociales sirvió para superar los impulsos individualistas y fragmentarios del neoliberalismo” (Collins, 2014, p.78). Para Collins, los casos de populismos que estudió no sólo tuvieron la virtud de incluir demandas populares en las agendas públicas de sus países, sino que también fomentaron sociedades más cohesionadas.

Interpretación intermedia: la importancia del contexto

Por último, comentaré las reflexiones de Francisco Panizza (2008), quien ya desde las primeras páginas de su texto deja clara su postura:

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

Este artículo argumenta que la discusión sobre las relaciones entre populismo y democracia no se puede resolver en términos abstractos. Quienes sostienen que, por dar voz a los excluidos y reivindicar la soberanía popular, el populismo es fundamentalmente democrático, deberían considerar todos los casos en que los movimientos y regímenes populistas no lo han sido. Por otra parte, quienes sostienen que se trata de una degeneración de la democracia, deberían considerar el genuino soporte popular que gozan los líderes populistas y dejar de apelar a argumentos antidemocráticos sobre la ignorancia del pueblo o la sinrazón de las masas (Panizza, 2008, p.83).

El autor mantiene que, en diferentes contextos, los populismos pueden ser tanto perjudiciales como benéficos para las democracias. Por ello, lo ubico en lo que llamo la interpretación intermedia.

De forma similar a Collins (2014), en este texto hay una referencia sobre el debate que divide los gobiernos del “giro a la izquierda” en América Latina entre “buenos” e institucionalizados y “malos” y radicales⁴. Pero, como también lo hace Collins, Panizza debate esta clasificación; en sus propias palabras:

Según una visión ampliamente compartida, la izquierda latinoamericana puede ser dividida entre fuerzas de carácter populista-radical y fuerzas socialdemócratas. En este artículo se discute la naturaleza de esta división. El populismo y la socialdemocracia no deben ser vistos como polos opuestos del mismo continuo. En realidad, constituyen dimensiones políticas diferentes, definidas y redefinidas relacionamente por el contexto político en el que operan (Panizza, 2008, p.81).

Afin con esa postura, el autor sostiene un argumento que asegura que: “lo que hace al populismo y a la democracia amigos o enemigos es la naturaleza de la relación entre el discurso del populismo con los discursos liberal-republicano y de política de base, que también son parte de la tradición democrática” (Panizza, 2008, p.83).

Es decir, el autor ve una tensión constante entre tres conjuntos de principios políticos: los liberales-republicanos (aquellos enfocados en las formalidades institucionales como la igualdad ciudadana), los que llama de “política de base directa” (que promueven la participación democrática directa, por encima de la representativa) y los populistas (enfocados en la soberanía del “pueblo” sobre los asuntos públicos) (Panizza, 2008, p.84).

Para el autor, las democracias son sistemas en constante tensión entre los tres conjuntos de principios anteriores. Desde su propuesta, el populismo se entiende como una “lógica política” que compite de manera constante con el liberalismo-republicanismo y la política de base directa. Esta competencia constante es, según Panizza, la esencia de las democracias.

Además, “si entendemos el populismo como basado en una lógica política antes que en una ideología sustantiva, podemos deducir que la cuestión de si un líder, movimiento o régimen es populista o no, no es una cuestión absoluta, sino de grado” (Panizza, 2008, p.84). Por lo tanto, dependerá de las características de cada

⁴ Otros autores que también hicieron eco de este debate son Manuel Alcántara (2008), Jorge Lanzaro (2007), Alain Touraine (2006) y Kurt Weyland (2009), entre otros muchos ejemplos.

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

contexto cuál de los tres conjuntos de valores es más dominante. Por ello, Panizza concluye que “ningún actor político utiliza una única lógica discursiva en todas sus intervenciones políticas, sino que más bien articula diferentes lógicas de acuerdo con los contextos políticos en que opera. Todos los políticos tienen una vena populista [...] y diferentes lógicas discursivas se complementan o subvierten entre sí” (Panizza, 2008, p.84).

De nuevo, el gobierno de Chávez en Venezuela es considerado como el ejemplo paradigmático de los populismos del siglo XXI en América Latina. En esta ocasión, el autor también cree que el caso de Chávez muestra de manera especialmente clara su argumento de las disputas constantes de diferentes lógicas políticas:

El gobierno de Chávez nos muestra las tensiones entre las formas de identificación republicana y populista en el liderazgo populista que se encuentran en juego en Venezuela. [...] En tanto que cabeza del Movimiento Bolivariano, Chávez es el líder de una sección de la comunidad: la plebe. Pero la representación de toda la comunidad, el demos, es un atributo de la presidencia, y ubicado en esta posición es también presidente de todos los venezolanos. La escisión constitutiva entre el líder del Movimiento Bolivariano y el Presidente de Venezuela obliga a Chávez a ensayar un acto de equilibrio: escoger entre un marco simbólico común para reconocer, a los que él considera como “enemigos” de la plebe, como diferencias legítimas en el seno del demos, o negar la posibilidad de todo reconocimiento mutuo entre sus adeptos y sus adversarios, y perpetuar, así, el antagonismo constitutivo del populismo. En democracia, las elecciones periódicas desnudan la escisión republicana entre la presidencia, como locus permanente del poder, y el titular de la presidencia, como su ocupante provisional. La derrota de Chávez en su búsqueda de re-elección indefinida —que fue, con todo, sometida al voto popular—, marcó la tensión entre el republicanismo y el populismo al interior de la democracia venezolana (Panizza, 2008, pp. 90 y 91).

Así, para Panizza, los regímenes populistas tienen, al mismo tiempo, otras características políticas; desde la propuesta del autor, éstas compiten de manera constante entre sí en cada experiencia.

En las conclusiones del artículo, Panizza señala que “llevada al extremo, la lógica populista es incompatible con la democracia. Pero esto no nos dice mucho; [...] la lógica del liberalismo-republicanismo, llevada al extremo, también resulta incompatible con la democracia” (Panizza, 2008, p.92). Conjuntamente, señala que tampoco es posible “como lo sueñan los basistas [aquellos que se centran en la participación de base directa], tener un orden democrático basado solamente en formas de participación desde abajo, sin reunir las diversas voces del pueblo en alguna versión provisional de la voluntad générale y estableciendo instituciones administrativas y representativas para ejercerla” (Panizza, 2008, p.92). Por ello, el autor se posiciona a favor de un equilibrio entre las distintas lógicas políticas:

Es posible concluir que la compatibilidad entre populismo y democracia está condicionada por las relaciones del populismo con otras lógicas que también son parte del imaginario de la democracia. Considero que tanto la tradición liberal-republicana como la tradición de los movimientos de base, que son constitutivas del imaginario democrático, son cruciales para hacer al populismo compatible con la democracia (Panizza, 2008, p.92).

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

Según Panizza, con los contrapesos adecuados, el populismo puede incluso favorecer el fortalecimiento de las democracias: “En la medida en que la lógica populista se mantenga en contrapeso con la lógica del liberal-republicanismo y la lógica de movimientos de base, el populismo puede convertirse en una fuerza democratizante” (Panizza, 2008, p.92). Sin embargo, aunque se trate de una postura moderada, tampoco es totalmente positiva. Desde la visión del autor, los contrapesos son especialmente importantes, ya que, sin ellos, el populismo también puede ser “un grave peligro para la democracia” (Panizza, 2008, p.92).

Reflexiones finales

A mi parecer, uno de los aspectos más interesantes en los textos revisados es la diferencia entre estudiar el populismo con énfasis en los líderes o en las bases de apoyo. Los autores que clasifiqué dentro de la interpretación negativa (De la Torre, 2017; Weyland, 2013) observan el populismo desde los líderes. En cambio, los investigadores que agrupé en la interpretación positiva (Aslanidis, 2017; Collins, 2014) se centran en observar las dinámicas de las bases.

De esta manera, de la Torre y Weyland concluyen que los líderes cooptan la autonomía de las organizaciones y de los movimientos sociales mediante un discurso que afirma que ellos representan sus verdaderos intereses; es decir, desde esta interpretación, los populismos son perjudiciales para las democracias, ya que los líderes arrebatan la soberanía que le pertenece al “pueblo”.

Los representantes de la interpretación positiva (Aslanidis, 2017; Collins, 2014), por su parte, mantienen que son las bases de apoyo quienes empoderan a los líderes y, por lo tanto, ellas también tienen un papel protagónico dentro de las dinámicas populistas. Además, señalan que, con los populismos, las bases pueden llegar a incorporarse como nuevos actores que influyen en la definición de las agendas públicas. Así, para estos autores, los populismos pueden refrescar la democracia liberal y el sistema de partidos políticos debido a que incluyen sectores sociales comúnmente relegados. Desde esta postura, los populismos tienen el potencial de mejorar los mecanismos y las instituciones democráticas institucionalizando demandas de sectores sociales desfavorecidos.

Los defensores de la interpretación negativa del populismo critican un desfase entre los discursos (con fuerte contenido de reivindicación de injusticias) y las prácticas populistas (las cuales —a su parecer— en realidad están orientadas a manipular a las masas y concentrar poder en los líderes). En cambio, los autores más inclinados a la versión positiva dicen que es paternalista creer que la gente común es totalmente manipulable, como si no fueran capaces de entrar en el juego político e intercambiar su apoyo por recursos que les son de utilidad.

También hay posturas más moderadas. Después de analizar distintas perspectivas sobre la relación del populismo con la democracia, me parece que éstas expresan argumentos más sólidos. En general, existe una interpretación más bien negativa sobre el populismo; se suele creer que necesariamente implica un deterioro en la distribución del poder. Pero, desde mi perspectiva, las conclusiones sobre las relaciones entre el populismo y la democracia deben ser más complejas. De entrada, hay que reconocer que un aspecto de los populismos tiene el potencial de ser altamente renovador: poner en el centro de los debates públicos a las grandes mayorías, regularmente desprotegidas. De hecho, es regresar a la justificación original de las democracias modernas (Wallerstein, 2014). No digo nada nuevo si señalo que esta justificación es, en muchas ocasiones, olímpica-

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

mente olvidada; de ahí el valor de traerla de nuevo, como lo hace el populismo bajo algunas circunstancias.

Apoiado en Rosanvallon (2020), mantengo que el populismo tiene sus propias lógicas democráticas (con sus problemas, claro; igual que los tiene la versión liberal de la democracia). Pero ello no debe implicar perder de vista cuando los populismos se convierten en una amenaza para las democracias. En ese sentido y apoyándome en Collins (2014), me parece que es mejor cuando los aspectos centrales de los regímenes populistas vienen desde abajo. Creo que este debería ser un aspecto central en los estudios sobre la temática: ¿quiénes son los actores que definen los discursos y las prácticas populistas?, ¿los líderes o las bases de apoyo? Seguramente no se trate de una cuestión cerrada o definitiva, sino de disputas constantes y de momentos cambiantes a lo largo de experiencias populistas.

Si los intereses de las grandes mayorías (hoy violentadas y excluidas sistemáticamente) son determinantes, las oportunidades de mejorar la democracia son más amplias (con todo y que ello no resuelve todos los problemas de los riesgos del populismo en términos democráticos). De hecho, más allá del populismo, creo que siempre hay posibilidades positivas cuando las clases populares se convierten en actores protagónicos en la definición de políticas públicas.

Referencias

- Alcántara, M. (2008). La escalada de la izquierda. La ubicación ideológica de presidentes y partidos de izquierda en América Latina. *Nueva Sociedad*, (217), 72-85.
- Aslanidis, P. (2017). Populism and Social Movements. En P. Taggart, P. O. Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 205-326). Oxford University Press.
- Bobbio, N. (2006|1985). *Liberalismo y democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Campos, G., y S. Umpierrez (2019). Populism in Latin America: Past, Present, and Future. *Latin American Politics and Society*, (61), 1-12.
- Chamosa, O. (10 de febrero de 2013). Populismo: crítica a la utilidad de un concepto peyorativo. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/64836>
- Collins, J. (2014). New Left Experiences in Bolivia and Ecuador and the Challenge to Theories of Populism. *Journal of Latin American Studies*, (46), 59-86.
- De la Torre, C. (2017). Populism in Latin America. En P. Taggart, P. O. Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 195-213). Oxford University Press.
- Goffman, E. (2006|1974). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Lanzaro, J. (2007). La “tercera ola” de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social-democracia. *Encuentros Latinoamericanos*, (1), 20-57.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Siglo XXI editores.
- Panizza, F. (2008). Fisuras entre Populismo y Democracia en América Latina. *Stockholm. Review of Latin American Studies*, (3),

Sección: Ciencia Política

DOI: 10.52191/rdojs.2023.253

Págs.: 14-29

REVISTA
DOXA
DIGITAL

El populismo latinoamericano ...

eISSN: 2594-2786

81-93.

Partido, O. (23 de agosto de 2020). Populismo: ¿una categoría inservible? *La Silla Rota*. <https://lasillarota.com/opinion/columnas/populismo-una-categoria-inservible/426469>

Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Galaxia Gutenberg.

Touraine, A. (2006). Entre Bachelet y Morales, ¿existe una izquierda en América Latina? *Revista Nueva Sociedad*, (205), 47-55.

Wallerstein, I. (2014). *El moderno sistema mundial. IV: el triunfo del liberalismo centralista, 1979-1914*. Siglo XXI editores.

Weyland, K. (2009). The rise of Latin America's Two Lefts: insights from Rentier State Theory. *Comparative Politics*, (41), 145-164.

Weyland, K. (2013). The Threat from the Populism Left. *Journal of Democracy*, (24), 18-32.